

# LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

# 6

DARCY RIBEIRO

LA CULTURA LATINOAMERICANA



COORDINACION DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNION DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA LATINA

UNAM



**LA CULTURA LATINOAMERICANA**

**Por**

**Darcy Ribeiro**



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**COORDINACIÓN DE HUMANIDADES**

**Facultad de Filosofía y Letras**

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**



Darcy Ribeiro (1922), antropólogo y sociólogo brasileño, "brasileño latinoamericano", como gusta de llamarse, ya que la diáspora que ha arrojado a tantos latinoamericanos por el mundo lo ha llevado a él a trabajar en Venezuela, Uruguay, México, Chile, Perú, enriqueciendo su óptica latinoamericana y buscando, a través de ella, esa, al parecer escurridiza o difícil, identidad. Su experiencia latinoamericana y su ingenio frente a ella, le ha llevado a acuñar categorías de interpretación que no son ya las creadas por la cultura llamada occidental que resultan, muchas veces, equívocas. Esta América, la América Latina, vista ya desde el punto de vista latinoamericano, a partir de las propias experiencias sociales, políticas, culturales e ideológicas. En este trabajo Darcy Ribeiro vuelve a plantearse la interrogante que ya se hacía Simón Bolívar sobre la identidad de esta nuestra América. La pregunta sobre el ser de hombres que se encuentran, reflexionando sobre sí, divididos, en conflicto racial y cultural. Pero una realidad de la cual hay que partir para su integración como naciones y miembros de una gran comunidad, troquelada por el coloniaje ibero, pero a partir de la cual, en una extraordinaria inversión de valores, ha de constituirse la soñada Magna Colombia, la América Unida, como expresión del destino común de sus pueblos.



## LA CULTURA LATINOAMERICANA

Darcy Ribeiro

### 1. *Las Américas en el mundo*

Al desprenderse la América de la monarquía española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente, conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni conservamos vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado.

Bolívar, *Discurso de Angostura*

La indagación de Bolívar sigue resonando. ¿Qué somos nosotros los pueblos americanos, entre los pueblos, las civilizaciones? Mucho se ha escrito sobre el tema. Demasiado incluso sobre aspectos circunstanciales y anecdóticos. Muy poco, lamentablemente, sobre su totalidad.

Esta carencia se debe principalmente a la falta de una teoría general explicativa del proceso de formación y transfiguración de los pueblos. Lo que ha ocupado el lugar de esta teoría son los relatos etnocéntricos de secuencias históricas —principalmente europeas— y apreciaciones eurocéntricas de los efectos del impacto de la civilización sobre poblaciones de ultramar. Unas y otras

construidas ingenuamente por la serie cronológica de eventos singulares —en términos de antecedentes y consecuentes— la reconstrucción hipotética de civilizaciones y el relato de ciertos acontecimientos espectaculares. En algunos casos, esas narrativas son elevadas a la condición de interpretaciones de las etapas o pasos unilineares de una progresión necesaria de la evolución humana por la cual todos los pueblos habrían pasado.

El defecto de esta última forma de explicación no está, sin embargo, como creen algunos, en la postura evolucionista implícita. De hecho, a nuestro modo de ver, ninguna explicación para ese orden de problemas puede ser encontrada fuera de una teoría general de la evolución sociocultural.<sup>1</sup> Esta, con todo, debe ser elaborada con fundamento en una base temporal y espacial mucho más amplia que la proporcionada por el fondo histórico europeo. Sólo así se podrá hablar de categorías realmente significativas en términos universales y no de meras teorizaciones de la historia europea. Para ese efecto, los esfuerzos de generalización deben ser realizados a partir de un cuadro más representativo, dentro del cual Europa no sería un arquetipo, sino una variante tan marcada de singularidades cuanto cualquiera otra corriente civilizatoria particular.

Esta ampliación de la perspectiva histórica es imperativa para nosotros, americanos. Lo es, por igual, para todos los pueblos extraeuropeos como los islámicos, los indios, los chinos, los africanos, cuyos modos de ser y cuya posición en la evolución humana sólo pueden ser comprendidos sobre la base de una teoría fundada en lo que tienen de común, en tanto, que cristalizaciones singulares de etapas necesarias del proceso general de formación y transformación de los pueblos.

<sup>1</sup> Ver K. Marx (1857), L. H. Morgan (1877), F. Engels (1884), E. Hobsbawn (1966), M. Godelier (1966), J. Chesneaux (1964), A. Viatkin s/f. R. Bartra (1969).



En las últimas décadas algunos antropólogos empezaron a enfrentar esas cuestiones<sup>2</sup> con el propósito de proporcionar por lo menos nuevas fuentes teóricas para la interpretación del proceso de formación de los pueblos americanos. Nuestra propia tentativa presentada en un estudio sobre la evolución sociocultural publicado en 1968 y otro sobre las configuraciones histórico-culturales de los pueblos americanos (1970) se cita entre estos esfuerzos. En la presente introducción utilizaremos algunos esquemas conceptuales desarrollados en aquellos trabajos, volviendo a definirlos cuando sea necesario.

En lo que se refiere al presente ensayo, tales esquemas pueden ser reducidos a tres enfoques distintos pero complementarios. Primero, una clasificación de las etapas generales de la evolución que permitía definir las formaciones económico-sociales discernibles en las Américas del pasado y del presente. Segundo, un estudio de las configuraciones histórico-culturales, en tanto que grandes categorías de pueblos homogeneizados por procesos similares de formación. Tercero, una apreciación de las vicisitudes experimentadas por las tradiciones culturales europeas en su trasplante para los espacios americanos y en su adopción por nuevas gentes, indígenas y africanos, que tenían características culturales propias.

## 2. *¿Existe una América Latina?*

No puede haber duda que sí existe. Profundicemos, sin embargo, su verdadera significación. En el plano lingüístico-cultural nosotros, los latinoamericanos, constituimos una categoría quizás tan poco homogénea como el mundo neobritánico de los pueblos que hablan predominantemente el inglés. Esto puede parecer insuficiente para los que hablan de América Latina como una entidad concreta, uniforme y actuante, olvidándose de que

<sup>2</sup> V. Gordon Childe (1934, 1937, 1946 y 1951), Leslie Withe (1949 y 1951), Julián H. Steward (1955a, caps. I y II; 1955b); K. Wittfogel (1955 y 1964), A. Kroeber (1944, 1952, 1962), R. Linton (1955), E. R. A. Palerm y E. Wolf (1961), R. McAdams (1967).

dentro de esta categoría están incluidos, entre otros, los brasileños, los argentinos, los mexicanos, los haitianos y la intrusión francesa del Canadá, debido a su uniformidad esencial de neolatinos. Es decir, pueblos tan diferenciados unos de los otros como los norteamericanos lo son de los australianos y de los *africaneer*, por ejemplo. La simple enumeración muestra la amplitud de las dos categorías y su escasa utilidad.

Reduciendo la escala de latinos para ibéricos encontramos una unidad un poco más uniforme. En verdad bien poco homogénea porque apenas excluiría los descendientes de la colonización francesa. Continuarían dentro de esa categoría, los brasileños, los cubanos, los puertorriqueños, los chilenos, etc. Del punto de vista de cada una de esas nacionalidades, su propia substancia nacional tiene mucho más singularidad y vigor que el denominador común que los hace iberoamericanos.

Si reducimos más todavía la escala, podemos distinguir dos categorías contrastantes. Un contenido lusamericano que congrega a todos los demás. Las diferencias entre unos y otros son por lo menos tan relevantes como las que distinguen a Portugal de España. Como se ve poco significativa, dada la pequeña variación lingüística que no llega a ser un obstáculo para la comunicación y dada la historia común, interactuante, aunque algunas veces conflictiva.

Volviendo a mirar el conjunto de América Latina se observan ciertas presencias y ausencias que colorean y diversifican el cuadro. Por ejemplo, la presencia indígena es notoria en Guatemala, México, Altiplano Andino y como herencia que se afirma hasta en el plano lingüístico, también en Paraguay y en proporción menor en Chile. ¿Tal característica permitirá componer una categoría aparte de indoamericanos? Es improbable que por esta línea se alcance una tipología explicativa. Todos los pueblos latinoamericanos tienen en el aborigen una de sus matrices genéticas y culturales, pero su contribución fue de tal forma absorbida que, cualquiera sea el destino de las poblaciones indígenas sobrevivientes, no afectará

de modo considerable el destino nacional ni alterará mucho su constitución étnica. En otras palabras: la migraación, absorción y europeización de las poblaciones indígenas se cumplió o está en marcha y tiende a homogeneizar —aunque no a fundir— todas las matrices étnicas convirtiéndolas en modos diferenciados de participación en una misma etnia nacional.

Otro componente que diferencia el cuadro prestándole aspectos particulares es la presencia del negro africano que se concentra en forma masiva en la costa brasileña de más antigua colonización y en las áreas mineras, y también en las Antillas donde floreció la plantación azucarera. Fuera de esas regiones se encuentran diversos bolsones negros en Venezuela, Colombia, Guayanas, Perú y en algunas áreas de América Central. También en este caso, la absorción y asimilación se logró a un punto tal que americanizó ese contingente de la misma forma que a los demás o quizás en una forma más completa que cualesquiera otros. Es cierto que reminiscencias africanas en el folklore, en la música y en la religión son palpables en las áreas donde la afluencia negra fue mayor. Su persistencia sólo se explica, con todo, por las condiciones de marginalidad de esas poblaciones y en ningún caso constituyen quistes inasimilables y aspirantes a la autonomía.

Otras intrusiones como la de los japoneses en Brasil, los chinos en Perú, los indios en las Antillas, igualmente diferencian algunas áreas, prestando un sabor especial a su cocina y afirmándose en algunas esferas más. Lo señalable en estos casos, como ocurre también en relación con los negros, es que estamos en presencia de contingentes que traen en sí una marca racial distintiva respecto al resto de la población. Este hecho tiene, obviamente, consecuencias. Principalmente la de no facilitar el reconocimiento de una asimilación ya cumplida o que sólo no se cumple cabalmente debido a la persistencia de marcas raciales que permiten seguir tratando como negro o como *nizei* (el descendiente del japonés), o como chino, o como indiano, a personas que sólo son tales en su fenotipo, dada su aculturación plena y su integración en el cuadro étnico nacional.

Los antropólogos particularmente interesados en las singularidades de estas poblaciones produjeron una vasta literatura que resalta, quizás en forma excesiva, las diferencias. Realmente es posible elaborar largas listas de sobrevivencias culturales que permitan vincular esos núcleos a sus matrices de origen. Sin embargo, otra vez las semejanzas son más significativas que las diferencias, ya que todos esos contingentes están plenamente “americanizados”. En el plano lingüístico y cultural son gente de su país y hasta “nuestra gente” en la identificación emocional corriente de las poblaciones con que conviven. Sus peculiaridades tendientes a desvanecerse —apenas los hacen miembros diferenciables de la comunidad nacional en razón de su remoto origen. Lo mismo ocurre con los componentes de contingentes europeos no ibéricos llegados en época más reciente. Cada uno de ellos representa una forma especial de participación, ni superior ni inferior en el ser nacional que permite definirlos restrictivamente como, por ejemplo, sino peruanos, italoargentinos, teutochilenos, nipobrasileños o brasileños de origen musulmán, etc.

Aunque por encima de todos los factores de diversificación sobresalgan los de uniformidad, ciertas diferencias visibles pueden alcanzar, a veces, un sentido social discriminatorio. Es el caso, por ejemplo, del paralelismo entre el color de la piel y la pobreza que da lugar a una estratificación social de base étnica. Así, los contingentes negros e indígenas que tuvieron que enfrentar enormes obstáculos para ascender de la condición de esclavos a la de proletarios se concentraron principalmente en las capas más pobres de la población. Todavía hoy pesa sobre ellos una discriminación proveniente de la expectativa generalizada de que ocupen posiciones subalternas, la cual dificulta su ascenso a los anaqueles más altos de la escala social. Aparentemente, el factor causal se ubica en la presencia de una marca racial estigmatoria, cuando de hecho sólo se explica por las vicisitudes del proceso histórico.

De cualquier modo, el hecho es que el color de la piel o ciertos rasgos fenotípicos del negro y del indígena,

operando como indicadores de una condición social inferior, siguen siendo un punto de referencia para los pre-conceptos que pesan sobre ellos.

Aunque presente en América Latina, y a menudo en forma acentuada, el prejuicio racial nunca asume el carácter discriminatorio y el peso aislacionista que se observa, por ejemplo, en los Estados Unidos. Allí la discriminación recae sobre los descendientes de africanos o indígenas, cualquiera que sea la intensidad de la marca racial que porten, tendiendo a excluirlos del cuerpo social por considerar indeseable la mezcla de ellos. En América Latina, el prejuicio racial es predominantemente de *marca* y no de *origen* (Oracy Nogueira, 1955). Es decir, recae sobre una persona en proporción a sus rasgos racialmente diferenciadores e implícitamente incentiva la miscigenación porque aspira a “blanquear” y homogeneizar a toda la población. No obstante, se trata, sin duda, de un prejuicio racial porque la sociedad sólo admite al negro o al indígena como futuros mestizos, rechazando su tipo racial como ideal de lo humano. Pero se trata de un prejuicio menos grave porque discrimina el fenotipo negroide e indígena por no estar todavía diluido en la población mayoritariamente mestiza, cuyo ideal de relaciones interracial es la fusión.

Por encima de las líneas cruzadas de tantos factores de diferenciación —el origen del colonizador, la presencia o ausencia del contingente indígena y africano y de otros componentes— lo que sobresale en el mundo latinoamericano es la unidad del producto resultante de la expansión ibérica. Con todos esos contingentes —presentes en mayor o menor proporción en una u otra región— se edificaron sociedades nacionales cuyas poblaciones son el producto del cruzamiento y que quieren seguir fusionándose. En ningún caso encontramos a los araucanos o a los andinos originales; ni a los europeos o asiáticos o africanos tal como eran cuando se desprendieron de sus matrices. Todos son neoamericanos cuya visión del mundo, cuyos modos de vida, cuyas aspiraciones —esencialmente idénticas— hacen de ellos uno de los rostros del fenómeno humano. En cierto sentido más

humano porque, amalgamando gente procedente de todos los cuadrantes de la tierra, se crearon pueblos mestizos que guardan en sí, en sus caras étnico-culturales, herencias tomadas de todas las matrices de la humanidad. Estas herencias, al difundirse en lugar de concentrarse en quistes étnicos y al imponerse a la matriz básica —principalmente ibérica, en algunos países, principalmente indígena o africana en otros— matizaron el panel latinoamericano sin quebrantarlo en componentes opuestos unos a los otros. Lo que se destaca como explicativo es, pues, una vez más, la uniformidad y el proceso de homogeneización.

Esa misma homogeneización en curso es notoria en otros planos, como el lingüístico y el cultural. En efecto, las lenguas habladas en América Latina y los respectivos complejos culturales son mucho más homogéneos que los existentes en las respectivas naciones colonizadoras, y tal vez que los de cualquier otra área del mundo excepto la neobritánica. En efecto, el castellano, el portugués y el inglés hablados en las Américas experimentaron menor número de variaciones regionales que los de las naciones de origen. El castellano hablado en América Latina, a pesar de cubrir una extensísima área y variar regionalmente en cuanto al acento, no derivó en ningún dialecto, mientras que en España se siguen hablando varias lenguas mutuamente ininteligibles. Lo mismo ocurre en relación con la lengua portuguesa y con la inglesa. Es decir: los españoles, portugueses e ingleses que jamás lograron deglutir y asimilar los bolsones lingüístico-dialectales de sus reducidos territorios, al trasladarse a las Américas impusieron a sus colonias, inmensamente mayores, una uniformidad lingüística casi absoluta y una homogeneidad cultural igualmente notoria.

Saliendo del plano lingüístico-cultural, la expresión América Latina alcanza connotaciones aún más significativas. Tales son, primero, las provenientes de la oposición entre angloamericanos y latinoamericanos que, además de sus diversos contenidos culturales contrastan fuertemente en cuanto a antagonismos socioeconómicos. Así, los dos componentes se alternan como la Amé-

rica pobre y la América rica, con posiciones y relaciones asimétricas de poderío en un polo y dependencia en el otro. Se puede decir que, de cierta forma, es principalmente como alternos de la "América rica" que los latinoamericanos se reúnen bajo una misma rúbrica. Otra connotación bipolar deviene de la visión de otros pueblos respecto a América Latina que unifican y confunden nuestros países como variante de un mismo padrón de pueblos, resultantes todos de la colonización ibérica y percibidos todos como atrasados y subdesarrollados. Esta visión arquitectónica externa, pese ser construida con las ventajas e inconvenientes de la distancia y de la simplificación tal vez sea la más verdadera. ¿Por qué insistimos en que somos brasileños y no argentinos, que nuestra capital es Brasilia y no Buenos Aires? ¿O que somos chilenos y no venezolanos, o que nuestros ancestros indígenas son los incas porque los aztecas son de los mexicanos? El observador lejano podría argumentar: ¿Acaso no son todos ustedes descendientes de la matriz indígena? ¿Los resultantes de la colonización ibérica? ¿Los que se emanciparon en el curso de un mismo movimiento de descolonización? ¿Los que, después de independientes, hipotecaron sus países, sin distinción, a los banqueros ingleses? ¿Los que fueron y están siendo recolonizados por las corporaciones norteamericanas?

Volvemos así a la uniformidad inicial. Poco importa que ella no sea percibida con claridad en cada entidad nacional, incluso porque cada nacionalidad es un esfuerzo por resaltar singularidades como mecanismo de autoglorificación y autoafirmación, que sólo tiene sentido para quienes participan de las mismas lealtades étnicas. Lo cierto es que ello es evidente para quienes nos miran desde fuera. Corresponde preguntar, sin embargo, ¿a qué se debe ese poder uniformador? ¿Qué explica la resistencia a la asimilación de las islas lingüístico-culturales como en el país vasco, el catalán o aun las regiones dialectales portuguesas o españolas, en comparación con la flexibilidad de contingentes tan diferenciados como los que formaron los pueblos latinoamericanos. La explicación reside quizás en las características destructivas del propio proceso de formación de los pueblos americanos,

que son su intencionalidad y violencia. Aquí la metrópoli colonialista tuvo un proyecto explícito de metas muy claras, actuando de la foma más despótica. Logró, casi de inmediato, subyugar a la sociedad, paralizar a la cultura original y convertir a la población en una fuerza de trabajo sumisa. Contribuyó también para la homogeneización la prosperidad del emprendimiento colonial, sea en la etapa del saqueo de riquezas secularmente acumuladas, sea en las variadas formas posteriores de apropiación de la producción mercantil. Ello permitiría montar una vasta burocracia militar, gubernamental y eclesiástica que pasa a regir la vida social en cada detalle. Las empresas productivas se implantan según planes precisos. Las ciudades surgen plantadas por actos de voluntad, con calles trazadas según un padrón preestablecido y con edificaciones también moduladas de acuerdo con rasgos prescritos. Las diversas categorías étnico-sociales que van formando tienen también toda su vida reglamentada: se establece a qué empleos podrían aspirar, qué ropas y hasta qué tipo de joyas podrían exhibir y con quién se podrían casar.

Toda esta ordenación tuvo en mira un objetivo supremo: defender y hacer prosperar la colonia para usufructo de la metrópoli. Y un objetivo secundario, aunque presentado como el fundamental: crear un brote de la sociedad metropolitana, todavía más leal que ella a la ideología católico misionera. Las clases dominantes nativas, como gestoras de aquella conscripción colonial y de esta reproducción cultural, jamás formaron la cumbre de una sociedad autónoma, sino una capa gerencial de custodios y legitimadores de la colonización. Una vez independizadas sus sociedades, el carácter exógeno de esas clases dominantes forjado en el periodo colonial y sus propios intereses los indujeron a seguir rigiendo sus naciones como cónsules de otras metrópolis. Para eso, instituyeron una ordenación socio-económica y política adecuada y promovieron la creatividad cultural como una representación local de tradiciones culturales ajenas.

La intencionalización del proceso llevó, por un lado, a una búsqueda de racionalidad en cuanto esfuerzo por obtener efectos previstos a través de acciones eficaces. Y



por otro lado, a la determinación de alcanzar los desig-  
nios de los colonizadores en forma de un proyecto ajeno  
a las aspiraciones de la masa de la población conscripta  
como fuerza de trabajo. En ningún momento en el curso  
del proceso de colonización, estos contingentes enro-  
lados en la producción constituyen una comunidad para  
sí, con aspiraciones propias que puedan realizar, como  
requisitos elementales de su supervivencia y prosperidad.  
Constituye más bien un combustible humano en forma  
de energía muscular destinado a ser consumido para ge-  
nerar rubros mercantiles exportables.

Poco a poco va surgiendo una contradicción irreduc-  
tible entre el proyecto del colonizador y los intereses de  
la comunidad naciente. O sea, entre los propósitos y los  
procedimientos de la clase dominante-subordinada y la  
mayoría de la población objeto del emprendimiento  
colonialista. Para esta población el desafío planteado a  
lo largo de siglos fue el de madurar como un pueblo para  
sí, consciente de sus intereses, aspirante a la copartici-  
pación en el comando de su propio destino. Dada la opo-  
sición clasista, tratábase de conquistar estas metas a tra-  
vés de la lucha contra los grupos dominantes gestores de  
la vieja ordenación social diferenciadora. Todavía hoy  
éste es nuestro desafío principal.

En resumen, nadie ignora que a la contigüedad conti-  
nental de América Latina, no corresponde una estructu-  
ra sociopolítica que la unifique. Al contrario, sobre  
aquella base física se ubican dos decenas de pueblos or-  
ganizados como nacionalidades enmarcadas por singula-  
ridades, algunas de ellas bien poco viables como cuadros  
dentro de los cuales un pueblo puede realizar sus poten-  
cialidades. La propia unidad geográfica jamás operó co-  
mo factor de unificación porque los distintos implantes  
coloniales de los cuales nacieron las sociedades latino-  
americanas coexistieron sin convivir a lo largo de siglos.  
Cada uno de ellos se relacionaba directamente con la  
metrópoli colonial. Todavía hoy, los latinoamericanos  
vivimos como si fuéramos, un archipiélago de islas que  
se comunican por mar y por aire y que con más frecuen-  
cia se vuelcan hacia afuera, a los grandes centros econó-

micos mundiales, que hacia dentro. Las mismas fronteras latinoamericanas corriendo a lo largo de la cordillera desértica o de la selva impenetrable aíslan más que comunican y raramente posibilitan una convivencia masiva.

Pese a estos factores de diversificación, un motor de unidad e integración opera en América Latina, tendiente a uniformarla y unificarla. Ello deviene de que sea el producto de un mismo proceso civilizatorio —la expansión ibérica— que aquí implantó sus retoños, con prodigiosa capacidad de crecer y multiplicarse. Frente a esta unidad esencial del proceso civilizatorio y de sus agentes históricos, los ibéricos, las otras matrices aparecen como factores de diferenciación. Los grupos indígenas, variados como eran en sus pautas culturales y en sus grados de desarrollo, sólo habrían contribuido a la diversificación si hubiesen sido el factor preponderante. Los núcleos africanos, a su vez, que provienen de un miríada de pueblos, también habrían creado múltiples rostros en el nuevo mundo, si hubiesen impuesto su impronta cultural de forma dominante.

La unidad esencial de América Latina proviene, como se ve, del proceso civilizatorio que nos plasmó —específicamente la expansión mercantil ibérica— generando una dinámica que condujo a la formación de un conjunto de pueblos, no sólo singular frente al mundo, sino también crecientemente homogéneo. Cuando sobrevino un nuevo proceso civilizatorio, impulsado por la Revolución Industrial, América Latina se emancipó de la regencia ibérica, en el mismo impulso que la fragmentó en múltiples unidades nacionales. El proceso civilizatorio que opera en nuestros días, movido ahora por una nueva revolución tecnológica, tiende a reaglutinar a los pueblos latinoamericanos como uno de los rostros por el que se expresará la nueva civilización, y quizás engendre la entidad política supranacional que en el futuro será el cuadro dentro del cual los latinoamericanos vivirán su destino.

Nuestro tema, en las páginas siguientes, es el estudio de la naturaleza de estos procesos civilizatorios, de las

características de las configuraciones de pueblos que ellos plasmaron y de los condicionamientos que ellos impusieron a la creatividad cultural en América Latina.

### *3. Formaciones económico-sociales*

¿Cómo clasificar a los pueblos americanos del pasado y del presente? Las tipologías usuales son incapaces de abarcar toda la gama de variaciones que se encuentran en el origen de su proceso de formación. Incluyen desde tribus que vivían y viven de la caza y la recolecta de pueblos agricultores que por sí solos domesticaron plantas tan esenciales como el maíz, la yuca, la papa, el tabaco, el algodón, entre muchas otras; y diversas sociedades con desarrollo a nivel de altas civilizaciones.

Los primeros constituían microetnias cuya población apenas alcanzaba un centenar de personas y que no obstante eran portadores de una lengua y una cultura propias. Los últimos iban desde tribus organizadas solamente en base al parentesco hasta estados estructurados sobre grandes territorios, y otros, todavía mayores constituyendo verdaderos imperios, centros de poder asentados en metrópolis y con poblaciones de millones, estratificados en clases y contando con vastos cuerpos de eruditos.

Esta era la América precolombina donde el europeo desembarcó en la última década del siglo XV y que en los siglos y milenios anteriores había edificado autárquicamente aquellas formaciones económico-sociales, haciéndolas florecer como civilizaciones originales.

Incluso para el período que sigue a la conquista y avasallamiento de los pueblos precolombinos, no contamos con categorías teóricas adecuadas. ¿Serían “esclavistas” las sociedades coloniales y los estados estructurados luego de la Independencia? ¿Serían “feudales” o “semi-feudales”? ¿Serían “capitalistas”? Estas categorías, tan embebidas de sentido cuando se aplican respectivamente a la Roma imperial, al medioevo europeo, a la Inglaterra victoriana aquí pierden su lozanía y su capacidad explicativa. Probablemente porque buscan descri-

bir en términos de una secuencia evolutiva supuestamente universal a una sucesión singular del desarrollo histórico: la europea. No hay duda de que existieron civilizaciones como la egipcia; de 2000 a.C., o la árabe de 1000 d.C., que no caben en una secuencia y que paralelamente florecieron muchas otras igualmente excluidas de estas simples categorías. Como se ve, estamos delante de una teorización satisfactoria en el plano emocional y dignificatoria para la perspectiva histórica europea, pero insuficiente e inadmisibile en el plano explicativo porque, siendo calcada de una base factual restricta y poco representativa, es inaceptable para una visión más amplia e incluyente.

Además de sus percances en el plano de la universalidad, estas categorías son también deficientes en el terreno mismo de la historicidad. Esto porque traen implícita la idea de una concatenación histórica concreta de predecesores y sucesores que colocaría en una misma línea ininterrumpida a los griegos y romanos y a los belgas y australianos. Sin embargo, cabe preguntar: ¿Serán los griegos y romanos abuelos de los europeos, como a éstos les gusta pensar? ¿O serán aquéllos más bien ancestros de Bizancio y del Islam a los cuales legaron el mando, las técnicas, el saber y arte, en una época en que la Europa feudalizada no podía heredarlo? ¿Por otro lado, serían feudales todas las sociedades europeas precapitalistas? ¿Caben, por ejemplo, en la misma categoría los pueblos ibéricos del siglo XVI, unificados e impulsados por un fuerte impulso expansionista y los principados germánicos de la época, dispersos y desarticulados?

Trátase visiblemente de construcciones eurocéntricas con dos efectos deformantes. Primero, el de explicar el mundo actual a partir de una visión circunstancial que, elaborando una secuencia histórica en que se sucedieron respectivamente, esclavismo, feudalismo y capitalismo, promueve esa secuencia a la categoría de etapas de una línea evolutiva necesaria para todo el ecumene cuando, de hecho, ella se basa apenas en la interpretación de la historia europea. Segundo, el de producir un punto ciego para los teóricos europeos, los cuales, creyendo compro-

bar un esquema teórico únicamente con su propia experiencia histórica, se incapacitan para percibir todo lo demás. En consecuencia, deforman la historia humana al proyectar sobre ella sus categorías etnocéntricas.

La comprensión del proceso de formación de los pueblos americanos en términos de etapas de la evolución sociocultural no puede ser alcanzada dentro de este cuadro porque él no corresponde a los hechos referentes al mundo extraeuropeo y no puede explicarlos. Estos, a su vez, sumados a lo que hoy se conoce respecto de otras corrientes civilizatorias pueden proveernos una base más amplia e inclusive para rehacer el propio esquema evolutivo. Sólo por ese camino, el de repensar la teoría de la evolución a partir de nuestra experiencia de pueblos extra-europeos, podemos corregir las limitaciones de la perspectiva eurocéntrica, creando un esquema conceptual más comprensivo que explique mejor nuestra propia posición e incluso interprete mejor la posición de los pueblos europeos, como una variante que son de las potencialidades de realización del fenómeno humano. Procuramos contribuir a la comprensión de este problema en un estudio anterior (1968). El esquema conceptual que elaboramos se basa en la redefinición de una serie de conceptos y en su integración en forma de una teoría general explicativa, aunque larval. La directriz fundamental radica en el reconocimiento de que la evolución sociocultural puede ser reconstituida con base en una serie de revoluciones tecnológicas generadoras de múltiples procesos civilizatorios que dieron nacimiento a diversas formaciones económico-sociales o socioculturales. En este contexto las revoluciones tecnológicas consisten en transformaciones prodigiosas en las técnicas productivas que, una vez maduras, generan antagonismos con las formas anteriores de asociación y con los cuerpos ideológicos vigentes, provocando cambios sociales y culturales tendientes a rehacer los modos de ser y de pensar de las sociedades por ellos afectadas.

Los procesos civilizatorios desencadenados por las revoluciones tecnológicas, operando por diversas vías, provocan el surgimiento de focos dinámicos correspondien-

tes a pueblos activados por el dominio de la nueva tecnología. Estos focos difundiéndose sobre áreas contiguas o lejanas constituyen, merced de la interacción con otros pueblos, constelaciones matroétnicas estructuradas en forma de imperios más o menos rígidamente aglutinados. Todos los pueblos enrolados en esos movimientos se transfiguran. Pero lo hacen en dos formas distintas según experimentan movimientos acelerativos de autoconstrucción que los modelan como pueblos autónomos que existen para sí mismos; o movimientos reflejos de actualización o modernización que plasman pueblos dependientes, objeto de dominio colonial de los primeros.

A cierta altura, éstos maduran y tienden a reverter sobre el centro rector para liberarse de su yugo. A estas reversiones se suceden con frecuencia períodos de regresión o feudalización en que la antigua unidad imperial se quebranta en miríadas de núcleos autárquicos hasta que uno de ellos se activa y se expande, reproduciendo el proceso en forma de una nueva expansión imperial, esencialmente igual a la anterior si su dinamización ocurre en el cuerpo del mismo proceso civilizatorio, o sea, con base en la misma revolución tecnológica. El feudalismo no constituye, en esta concepción evolutiva, sino más bien una represión provocada, sea por la reversión del contexto dominado sobre el centro rector, sea por la saturación de las potencialidades de una civilización a raíz del agotamiento de sus recursos, sea por la explosión de las tensiones generadas entre clases antagónicas dentro de la misma sociedad.

Como se ve, los *procesos civilizatorios* corresponden tanto a movimientos de transfiguración interna de una sociedad activada por una revolución tecnológica, como a la propagación de sus efectos sobre contextos socio-culturales distintos, a través de la expansión colonial.

Del punto de vista de la etnia que se activa y se expande, el proceso civilizatorio es un movimiento de aceleración evolutiva mediante el cual asciende de una a otra etapa evolutiva, preservando su autonomía en el comando de su propio destino. Del punto de vista de los pue-

blos alcanzados por estos impulsos de expansión, el proceso civilizatorio es un movimiento de actualización o incorporación histórica que los coloca bajo el dominio de un centro rector, haciéndolos transitar también de una a otra etapa evolutiva, pero con pérdida de su autonomía y mediante su conversión en proletariado externo de otros pueblos. Es decir, como proveedores de fuerza de trabajo o de productos destinados a promover la prosperidad ajena.

En ambos casos, procesos traumáticos de transfiguración étnica tienen lugar. En el primer caso, con todo, operan mecanismos autocorrectivos, que compensan los factores disociativos, revigorizando las respectivas sociedades al mismo tiempo en que ellas se transfiguran. En el segundo caso —de actualización o incorporación histórica— es frecuente una completa traumatización de la sociedad avasallada. Esto ocurre cuando hay una drástica deculturación de la población, sea en su propio territorio, sea en las áreas para donde es trasladada, en la condición de esclava. Ocurre algo similar en los casos de aculturación compulsiva que no deja la disyuntiva de elegir entre los elementos extraños que se ofrecen y menos todavía de preservar formas propias de ordenación social y de distribución de los productos del trabajo.

Como la incorporación histórica es siempre ejercida por un pueblo activado por una revolución tecnológica, el proceso supone una superioridad en lo que se refiere a sectores específicos de la tecnología, y en consecuencia, establece relaciones asimétricas e intrínsecamente de expoliación entre el dominador y el dominado. La superioridad a que nos referimos se circunscribe a la revolución tecnológica experimentada previamente y no a la cultura como totalidad. Sin embargo, armada de los poderes provenientes del desfasaje evolutivo, la cultura de la sociedad en expansión tiende a imponerse —salvo casos excepcionales— a la sociedad dominada, impugnando sus tradiciones con nuevos cuerpos de valores y provocando una verdadera transfiguración cultural.

El cuadro I retrata las revoluciones tecnológicas, los procesos civilizatorios y las respectivas formaciones eco-

---

1. Revolución agrícola	Aldeas agrícolas indiferenciadas	<i>Tupinambá</i> (s. XVI)
Expansión pastoril	Hordas pastoriles nómadas	<i>Guaikurú</i> (s. XVIII)
2. Revolución urbana	Estados rurales artesanales colectivistas	<i>Mochicha</i> (s. II); <i>chibcha</i> (s. XIV)
Expansión esclavista	Estados rurales artesanales privatistas	<i>Fenicios</i> (s. XX a.C.)
Segunda expansión pastoril	Jefaturas pastoriles nómadas	<i>Hicksos</i> (s. XVIII a.C.); <i>hunos</i> (s. IV)
3. Revolución del regadío	Imperios teocráticos de regadío	<i>Azteca</i> (s. XIV); <i>maya</i> (s. XIII); <i>inca</i> (s. XV)
4. Revolución metalúrgica	Imperios mercantiles	<i>Grecia</i> (s. V a.C.); <i>Roma</i> (s. II)
5. Revolución pastoril	Imperios despóticos salvacionistas	<i>Islam</i> (s. VII); <i>otomano</i> (s. XV)
6. Revolución mercantil	Imperios mercantiles salvacionistas	<i>Portugal y España</i> (s. XVI)
Expansión colonialista	Colonias esclavistas	<i>Brasil</i> (s. XVI); <i>Cuba</i> (s. XVIII)

---



<i>Revoluciones tecnológicas y procesos civilizatorios</i>	<i>Formaciones económico-sociales</i>	<i>Paradigmas históricos</i>
Expansión capitalista	Colonias mercantiles	<i>Guayana</i> (s. XX)
7. Revolución industrial	Capitalismo mercantil	<i>Inglaterra</i> (s. XVII); <i>Holanda</i> (s. XVIII)
Expansión colonial	Colonias de poblamiento	<i>Nueva Inglaterra</i> (s. XVIII)
Expansión socialista	Imperialismo industrial	<i>Inglaterra</i> (s. XIX); <i>USA</i> (s. XX)
	Dependencias neocoloniales	<i>Brasil</i> (s. XX); <i>Venezuela</i> (s. XX)
8. Revolución termonuclear	Socialismo revolucionario	<i>Cuba</i> (1960)
	Nacionalismo modernizador	<i>México</i> (1940); <i>Bolivia</i> (1952); <i>Perú</i> (1970)
	Socialismo evolutivo	<i>Chile</i> (1971-?)
	Sociedades futuras	

nómico-sociales mencionando para cada una de ellas un ejemplo americano en los casos de haber ocurrido, que son la mayoría. En ese cuadro se puede observar la sucesión de las revoluciones tecnológicas que, partiendo de la revolución agrícola van hasta la revolución termónuclear, y también las respectivas formaciones económico-sociales que van desde las aldeas agrícolas indiferenciadas hasta las formaciones socialistas. Por él se verifica que están representadas en América los modelos básicos de la evolución humana.

Sin embargo, algunas formaciones no ocurrieron aquí. Tales son, las correspondientes a los estados rurales artesanales de modelo privatista, basados en la propiedad privada; las formaciones surgidas por el desencadenamiento de la revolución metalúrgica que, difundiendo el uso de instrumentos de hierro, permitió la expansión de ciertos estados rurales artesanales sobre vastas áreas forestales de clima templado, madurando algunos de ellos como Imperios Mercantiles esclavistas como fue el caso de la expansión griega y romana.

Están ausentes, por igual, las expansiones de hordas pastoriles nómadas, en virtud de lo cual las poblaciones americanas dejaron de experimentar su gran poder dinamizador. En efecto, este tipo de expansión activó diversos pueblos pastoriles nómadas y los arrojó sobre altas civilizaciones como lo ejemplifican los “pueblos de arena” del contexto de la civilización egipcia a la cual avasallaron varias veces los “bárbaros” que destruyeron el Imperio Romano y los tártaros-mongoles que varias veces invadieron y feudalizaron a la India y a China. En todos estos casos, destruyeron altas civilizaciones y las sumergieron en regresiones feudales. Faltó, todavía en las Américas, la revolución pastoril que, a partir del siglo XI activó pueblos nómadas islámicos, lanzándolos sobre áreas feudalizadas pero ya ahora con la capacidad de activarlas y reaglutinarlas en una nueva formación: los imperios despóticos salvacionistas.

Todas las demás revoluciones tecnológicas y los modelos generales de procesos civilizatorios están presentes

en las Américas, bien como las formaciones económico-sociales a ellos correspondientes. Existe, empero, una diferencia básica entre la progresión anterior a 1500 y la posterior. La primera fue un desarrollo más bien autárquico que condujo innumerables pueblos a experimentar en forma independiente movimientos de aceleración evolutiva. Es decir en todos los continentes se gestaron autónomamente innovaciones correspondientes a las primeras revoluciones tecnológicas, produciendo en todas partes los mismos efectos. La progresión posterior a 1500 fue, al contrario, unitaria, difundándose a todo el ecumene a partir de los primeros focos, principalmente a través de movimientos reflejos. Desde entonces, la evolución humana y la historia universal empiezan a marchar sobre los mismos rieles, integrando todos los pueblos en los mismos procesos civilizatorios.

Europa, activada por la revolución mercantil (siglo XVII) y después, la Revolución Industrial (siglo XVIII), maduró por aceleración evolutiva algunos núcleos civilizadores que se expandieron bajo la forma de movimientos de incorporación o de actualización histórica sobre el mundo, estancando procesos de maduración de otras civilizaciones todavía vivientes. Los pueblos americanos, así como los africanos y asiáticos avasallados y en gran parte exterminados en este movimiento, vieron detenida su creatividad civilizadora propia y fueron colonizados y convertidos en proletariados externos de potencias europeas en el curso de un proceso civilizatorio único que ya entonces abarcaba el mundo entero.

Movimientos de incorporación histórica ocurrieron también en el período precolombino, a través; de la dinamización de núcleos activados por revoluciones tecnológicas que se expandieron sobre sus contextos configurando grandes imperios, como el inca y el azteca. Entretanto, los que siguieron, regidos por potencias europeas, paralizaron drásticamente las líneas evolutivas anteriores.

El proceso de transfiguración étnica que tuvo lugar desde entonces fue también mucho más violento y con-

tinuado que en otras áreas. Las sociedades africanas, por ejemplo, aunque diezmadas como proveedoras de millones de esclavos, pudieron preservar una relativa autonomía étnica, al paso que todas las poblaciones indígenas americanas que sufrieron el impacto de la expansión europea se vieron atrapadas en forma permanente, traumatizadas y transfiguradas.

El impacto europeo sobre las altas civilizaciones orientales fue también más violento. Así es que los chinos, los indios y después los egipcios, turcos e indochinos pudieron conservar, en buena medida, su autonomía cultural y el cuadro de su civilización, resistiendo a una europeización completa, mientras que las altas civilizaciones americanas fueron destruidas a tal punto que sus descendientes actuales mal pudieron conservar la memoria de su pasado. En consecuencia, son tan distintos de lo que eran originalmente como los propios europeos y su única alternativa es proseguir en el proceso de europeización, ya ahora dentro de los nuevos cuadros étnicos nacionales.

Las líneas generales de estas transfiguraciones étnicas pueden ser sumariadas en términos de dos revoluciones tecnológicas y de diversos procesos civilizatorios que ellas generaron. Primero, la revolución mercantil, desencadenada entre el siglo XV y el XVI la cual, al dotar a los pueblos ibéricos de una nueva tecnología asentada principalmente en la navegación oceánica y las armas de fuego, les permitió liberarse de la dominación islámica, transfigurarse internamente y en el mismo impulso lanzarse a una expansión en escala mundial. En ese paso, se configuran como una formación de nuevo tipo: los *imperios mercantiles salvacionistas* cuyas características generales se asemejan menos a las de cualquier formación feudal o capitalista europea que a las de la formación que más los influyó protagonizada por los pueblos islámicos: los imperios despóticos salvacionistas. Esas semejanzas se encuentran en la tecnología que los ibéricos heredaron de los musulmanes, en sus formas similares de organización socio-económica y en el impulso misionero que a ambos dinamizó, no obstante en un caso fuera musulmán y en el otro, cristiano.

Estos conquistadores-cruzados irrumpieron en los territorios americanos para dominar y enganchar a sus poblaciones a la primera civilización agrario-mercantil de ámbito mundial que registra la historia. Desde entonces todos ellos fueron incorporados a un sistema económico-fundador en una misma tecnología básica, estructurado según una misma ordenación social, moldeados según los mismos patrones institucionales y compelidos a definir su visión del mundo y a conformar sus creaciones artísticas a partir de una misma tradición y de un mismo cuerpo de estilos.

Solamente los pueblos que vivían o se refugiaron en áreas inaccesibles consiguieron escapar a esa uniformización, marginándose de la nueva civilización. Sin embargo, hasta para ellos la preservación de la cultura original pasó a depender menos de su voluntad que de la dinámica de los nuevos procesos civilizatorios que, expandiéndose continuamente, acabarían por alcanzarlos donde quiera que se refugiasen. Aquellos que encontraron en sí fuerzas para resistir al avasallamiento, se vieron aislados en el cuerpo de sociedades nacionales, terminando por configurarse como obsolescencias étnicas sujetas a toda suerte de opresión y discriminación.

Aquí se coloca la pregunta: ¿cómo un puñado de hombres consiguió dominar tan rápida y completamente poblaciones infinitamente más numerosas? La cuestión es tanto más espantosa cuando se considera que algunas de ellas —azteca, maya e inca— estaban estructuradas en formaciones económico-sociales de modelo muy semejante al de la antigua Mesopotamia, Egipto, India y China: los imperios teocráticos de regadío. Esos imperios americanos contaban con una población dos o tres veces mayor que la de España, eran más ricos y más organizados. Sin embargo, cayeron postrados frente a la agresividad europea.

Lejos estamos de alcanzar una explicación convincente para el vertiginoso colapso de las altas civilizaciones americanas entre la invasión española. Contribuyó mucho, seguramente, la contaminación de los pueblos con-

quistados con enfermedades antes desconocidas que prontamente los tornaron inermes delante del conquistador. Otros factores, como los que tornaron vulnerables a los egipcios frente a los hicsos por ejemplo, o a los romanos enfrentados a los “bárbaros” deben haber representado, probablemente, importante papel. Un tercer factor habría sido, quizás, el proveniente de la desigualdad intrínseca del intercambio que se establece entre pueblos culturalmente desfasados en la escala evolutiva. En verdad, sólo cuando contamos con una teoría elaborada sobre una base comparativa respecto de la naturaleza de los procesos civilizatorios podremos contestar en forma objetiva a estas preguntas.

A lo largo de toda América, españoles y portugueses estructurados como formaciones mercantiles salvacionistas implantaron, a través de movimientos de incorporación histórica colonias esclavistas en las que conscribieron, primero, las poblaciones locales para la producción minera y para cultivos tropicales destinados a la exportación. Cuando y donde la mano de obra escaseó, debido al enorme despoblamiento provocado por las enfermedades transmitidas por los europeos a grupos humanos indígenas y por el desgaste del trabajo esclavo, ella fue siendo sustituida por esclavos traídos de Africa. En ambos casos, las poblaciones esclavizadas eran desgastadas en el proceso productivo, del mismo modo como, más tarde, se gastarían carbón o petróleo, porque eran los combustibles de una economía fundada principalmente en la energía muscular humana.

Aun en el cauce de la misma revolución mercantil, desencadénase, un siglo más tarde, un segundo proceso civilizatorio que activan los ingleses, holandeses y franceses configurando una nueva formación, la capitalista-mercantil, que pasa a expandirse incorporativamente sobre el ecumene. Esta expansión se torna posible tanto por factores internos, tales como las experiencias anteriores de estas sociedades que renovando su ordenación social les permiten ascender evolutivamente a una nueva etapa, cuanto por factores externos, como fue la creación por parte de los ibéricos de una economía mercan-

til de base mundial que generó una fabulosa acumulación de riquezas, a través del saqueo y la explotación de sus proletariados externos.

Las nuevas formaciones capitalistas mercantiles entran en conflicto con las antiguas mercantil salvacionistas, que se habían expandido por las Américas, por África y Asia, disputando el ejercicio de la hegemonía sobre cada población a fin de imponerles su dominación y explotación.

Implántanse, así, por el mundo colonias mercantiles, como entrepuestos comerciales idénticos a los ibéricos (excepto, quizás, por un menor celo misionero e intolerancia) en las áreas densamente pobladas; colonias esclavistas de abastecimiento de esclavos, de minería y de plantaciones, también esencialmente idénticas a las creadas por portugueses y españoles; y más tarde, colonias de poblamiento, para las cuales serían trasladados contingentes europeos tornados excedentes en relación a la capacidad del sistema capitalista industrial para ocuparlas y hacerlas producir.

En el curso de este segundo proceso civilizatorio diversos pueblos americanos se vieron avasallados por los rivales del conquistador ibérico que buscaban crear sus propios proletariados externos. Establécense, entonces, en las Antillas y en Norteamérica, nuevos núcleos coloniales, algunos de los cuales logran gran prosperidad. El imperio ibero-americano, pese las ventajas representadas por la extensión y riqueza de sus áreas de dominación, comienza a decaer hasta que su hegemonía se torna inviable.

Esto sólo se daría, sin embargo, en el curso de una nueva revolución tecnológica, la Revolución Industrial, a través de los procesos civilizatorios que ella desencadenaría. Ese nuevo ciclo civilizacional provoca una transfiguración interna de algunos núcleos capitalistas mercantiles —Inglaterra, Francia, Países Bajos— que se configuran como formaciones *imperialistas industriales* y simultáneamente desencadenan nuevas olas de expansión

civilizatoria mucho más vigorosas que cualesquiera de las anteriores. En ese paso, el mundo extraeuropeo es alcanzado, una vez más, por un movimiento de incorporación histórica, que reordena sus modos de ser y de vivir según los intereses de los nuevos centros de poder. Las naciones ibéricas, tornadas aún más obsoletas por no haber ascendido autónomamente a la nueva civilización, experimentan, ellas también, apenas reflejamente sus efectos modernizadores. El peso conservador de su configuración original como formación mercantil salvacionista impide que se renueve su sistema productivo, su rígida estratificación social y su despótica estructura de poder.

La consecuencia es la emancipación de las colonias ibéricas que, en ese paso, se transfieren de la órbita ibérica a la inglesa y se transfiguran de formaciones colonialistas de diverso tipo, a una condición general de naciones neocoloniales. A partir de entonces, experimentan los modos y los ritmos de tecnificación, renovación social y modernización ideológica compatibles con un proceso de actualización histórica. Es decir, regido por la vieja clase dominante generada en la colonia cuyas condiciones de prosperidad exigían, esencialmente, el establecimiento de vínculos mercantiles con las nuevas metrópolis y la conscripción de la población al trabajo en las nuevas empresas agrarias y urbanas. Las primeras exigen la perpetuación del latifundio como mecanismo de monopolio de la tierra cultivable destinado a compeler a los campesinos al trabajo en las haciendas. Las empresas urbanas utilizan formas de conscripción más cercanas al asalariado. Pero en ambos casos se generan tensiones entre la minoría dominante y las clases subalternas y oprimidas que estallarían muchas veces en convulsiones sociales generalizadas, de esclavos, de campesinos y de obreros, todas ellas aplastadas por la represión.

Más tarde, ya en nuestros días, la emergencia de una nueva revolución tecnológica, la termonuclear, activaría una vez más el cuadro social. Otra vez la sociedad se dividiría en dos cuerpos antagónicos: los custodios del orden vigente, cuyo proyecto es una nueva actualización



histórica, bajo la égida de las empresas multinacionales; y sus alternos que luchan por reabrir la ordenación social para edificar sociedades más inclusivas y más capaces de desarrollo pleno y autónomo, generalizado a toda la población.

Las primeras rupturas en este sentido, logradas ahora a través de movimientos de aceleración evolutiva fueron las de México que se configuraron en tanto que formación económico-social, como nacionalismo modernizador. Según el mismo padrón se configuraría más tarde, Bolivia (1952) y ya en nuestros días, el Perú. Otras rupturas están teniendo lugar en Cuba que buscan configurarse, respectivamente, como formaciones socialistas revolucionarias y evolutivas.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Estos temas son analizados extensamente en nuestros libros: *El Proceso* (1976). *Las Américas y la Civilización* (1969) y *El dilema de*

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos,  
se terminó la impresión de **La Cultura Latinoamericana**,  
en los talleres de Polymasters de México, S. A.,  
en noviembre de 1978.

Se tiraron 10,000 ejemplares.



**TOMO I:**

1. Simón Bolívar, CARTA DE JAMAICA. 2. Arturo Ardao, LA IDEA DE LA MAGNA COLOMBIA. DE MIRANDA A HOSTOS. 3. Francisco Bilbao, INICIATIVA DE LA AMERICA. IDEA DE UN CONGRESO FEDERAL DE LAS REPUBLICAS. 4. Arturo Andrés Roig, LOS IDEALES BOLIVIANOS Y LA PROPUESTA DE UNA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA CONTINENTAL. 5. Justo Sierra, INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL.



**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

**SECRETARIO GENERAL ACADEMICO**

Dr. Fernando Pérez Correa

**SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO**

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**COORDINADOR DE HUMANIDADES**

Dr. Jorge Carpizo

**DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Dr. Abelardo Villegas

**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Dr. Leopoldo Zea

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

**SECRETARIO GENERAL**

Dr. Efrén C. del Pozo.